

SEIS NOCTURNOS

Reflexiones sobre la música y la noche

Juan Carlos Garay

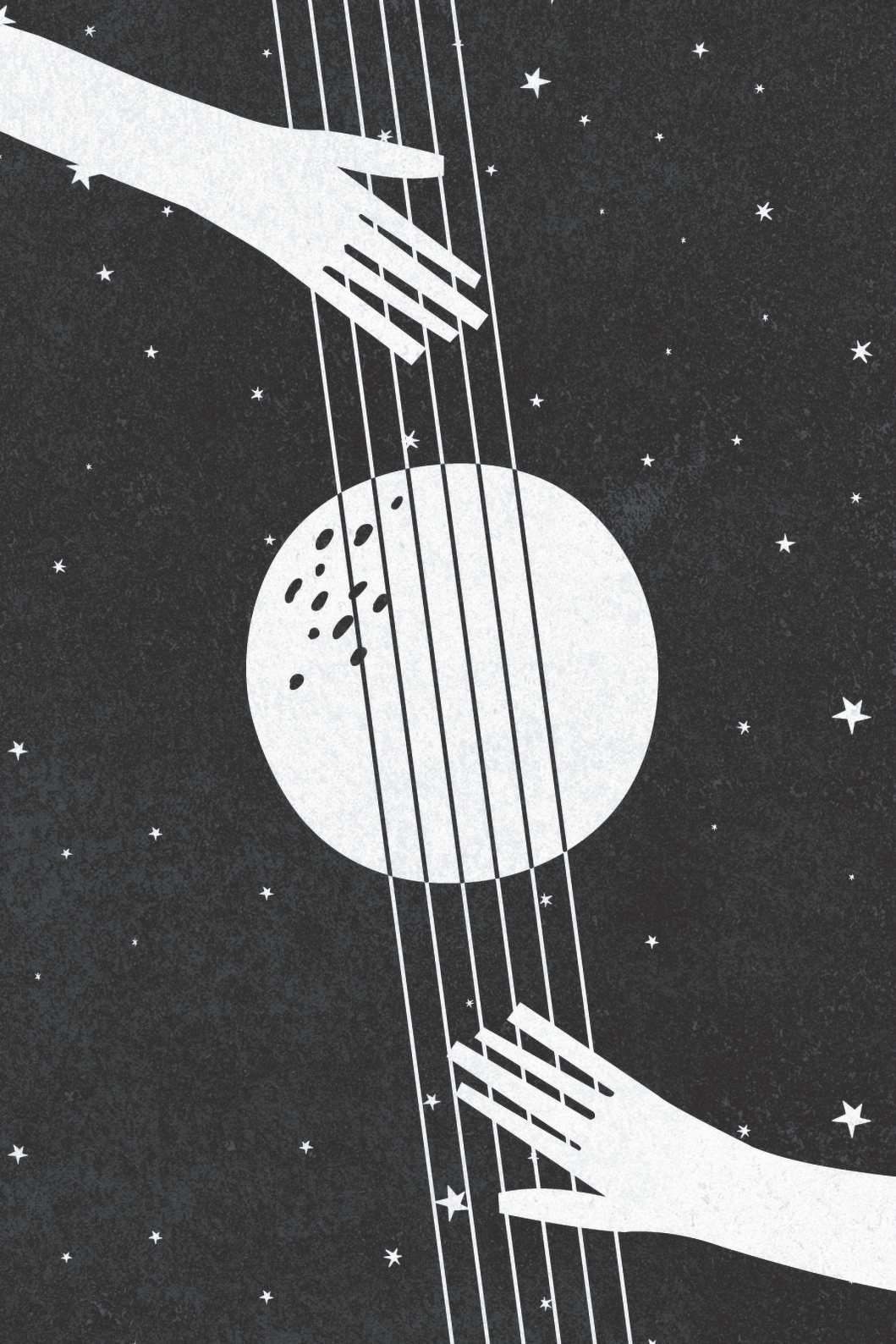
¿Por qué hay noche?

Una nota introductoria

LA PARTICULAR CERCANÍA QUE TENEMOS con una estrella amarilla mediana, a la que llamamos el sol, nos permite la vida y, si se quiere, la conciencia de ser. A esa estrella la sentimos plenamente por intervalos aproximados de doce horas y luego dejamos de percibir su influencia directa, sobre todo su luz, más o menos durante otras doce horas.

La paradoja es que eso que llamamos día, ese cálido y luminoso contacto con la radiación de la estrella, es un momento excepcional en el contexto del universo, cuya naturaleza es fría y oscura. La mayor parte del cosmos es vacío puro. Hay zonas en que la distancia entre dos galaxias alcanza los mil millones de años luz. La materia es una absoluta excepción en todas las escalas. Y eso es lo que nos recuerda el tiempo de la noche. En el día nos asomamos al sol; cuando se hace de noche nos asomamos a lo inconmensurable.

La idea puede ser perturbadora, lo sé. Quizá por eso exploré estos seis ensayos que nos hablan de una noche inspiradora y estimulante. Estoy convencido de que la música, pero también la poesía, la pintura o la astronomía, tan presentes en estos textos, nos ayudan a entender mejor la belleza que subyace en esas horas de misterio.



Cae la noche

UNO DE LOS RECUERDOS MÁS TEMPRANOS QUE TENGO está relacionado con la conciencia de los ciclos de la luz y de las horas del día. Yo tendría cinco años, a lo sumo seis, cuando un amiguito del colegio me dijo: «Una de las cosas más lindas que hay en el mundo es el amanecer». Los niños están descubriendo su entorno y juegan a las clasificaciones. «¿Cuál es la cosa más bonita que existe?», nos preguntamos en una especie de concurso a la hora del recreo. Era curioso, sin embargo, que este amiguito no se fijara en un objeto concreto, algo que se pudiera apreciar en cualquier momento, sino en un instante efímero. La alborada.

Caí en la cuenta de que nunca había visto amanecer. En mi corta vida, me quedaba dormido de noche y cuando me despertaba ya era de día. Nunca había tenido la curiosidad para averiguar cómo sucede esa transición. Así que en los días siguientes tomé la decisión: yo sería testigo de esa belleza única. Aproveché una temporada de vacaciones en el campo y me propuse abrir los ojos unos minutos antes de que saliera el sol. No tenía a mano un despertador y tuve que hacer varios esfuerzos; los primeros días, sencillamente, me despertaba cuando ya era tarde. Hasta que un amanecer lo logré. ♦

Pero no salí ni me asomé a la ventana siquiera, sino que observé todo el tiempo, dentro de mi cuarto, ese proceso lento de una penumbra que se va disipando. Varias décadas después descubrí, en un poema de Wisława Szymborska, ese mismo efecto. Allí está narrado de forma única:

Sucesivamente, sin prisa,
porque es una ceremonia,
amanecen las superficies del techo y las paredes,
se separan las formas,
una de otra,
el lado izquierdo del derecho.

Clarean las distancias entre los objetos,
píán los primeros destellos
en el vaso, el picaporte.
No solo parece, sino que es plenamente
aquello que ayer fue movido,
lo que se ha caído al suelo,
lo que se encierra en los marcos.
Solamente los detalles
no se han hecho aún visibles.

Pero atención, atención, atención,
muchas cosas indican que regresan los colores
y hasta la más pequeña recuperará el suyo,
junto con el matiz de la sombra.

No conozco otro texto que describa con tanta sutileza
esa transición. Ese poema («Hora temprana»), como

muchos otros de Szymborska, toma un suceso cotidiano y llega a desglosarlo de una manera casi atómica. La mirada es tan detallada que se acerca a la observación científica. El hecho, por ejemplo, de señalar una correlación entre la cantidad de luz y la presencia del color.

En el fondo, lo que revela el poema es el funcionamiento del ojo humano. Como lo señaló por primera vez Isaac Newton, la luz es incolora. Lo que sucede es que las ondas lumínicas tienen diferentes frecuencias de oscilación y, cuando golpean nuestra retina, se desencadenan procesos neuroquímicos que generan lo que llamamos colores. El psicólogo cognitivo Daniel J. Levitin aborda este fenómeno con una idea inquietante: «Las paredes de mi cocina dejan de ser blancas cuando me voy».

Pasadas aquellas vacaciones, regresé al colegio y pude contarle a mi pequeño amigo que yo también había visto un amanecer. Pero fui sincero: para mí no tenía la misma carga de belleza que él le atribuía. Tal vez incluso fui un poco sarcástico sin proponérmelo: «No sé qué tiene de bonito», recuerdo que le dije. «Es un atardecer al revés». A mí me ha gustado siempre la noche más que el día. Encuentro un placer estético en la llegada del ocaso y siento que está en mora de escribirse el poema contrario a «Hora temprana»; o al menos no he descubierto uno que exprese con la misma precisión el arribo gradual de las sombras.

¿Por qué unas personas prefieren madrugar y otras, en cambio, trasnochar? En el año 2014, el neurogenetista Louis Ptacek de la Universidad de California concluyó, después de varios experimentos, que se trata de

rasgos genéticos. En la base del cerebro, el hipotálamo regula los ritmos circadianos, es decir, las funciones de vigilia y sueño relacionadas directamente con la luz y la oscuridad. Sin embargo, este ritmo puede ser levemente acelerado o decelerado de acuerdo con mutaciones de un gen que reside en el cromosoma 2. El doctor Ptacek profundizó en esa clasificación coloquial que hacemos de las personas como alondras o búhos, de acuerdo con su rutina de sueño. Identificó en las primeras un «síndrome de sueño anticipado» y en las últimas un «síndrome de sueño retrasado».

Pero el reloj biológico no es inamovible. A lo largo de nuestra existencia el ritmo circadiano se desplaza: podemos ser alondras en la infancia y la tercera edad, y búhos durante la adolescencia. Otro estudio afín, dirigido por el cronobiólogo Till Roenneberg de la Universidad Ludwig-Maximilian de Múnich, analizó los patrones de sueño de doscientos mil individuos. Concluyó que las mujeres se levantan más tarde a la edad de diecinueve años y medio, y los hombres a los veintiuno. El profesor Roenneberg llegó a plantear que, en aras de un verdadero rendimiento laboral, son las oficinas las que deben adaptarse al individuo, y no al revés. «Deberíamos cambiar nuestros horarios de trabajo y hacerlos más individuales, que encajen con nuestros cronotipos», declaró. En general, a nivel de las jornadas laborales, las alondras siguen teniendo ventaja porque su pico de rendimiento está al mediodía.

Se cree que las primeras células de nuestro planeta eran dañadas por los rayos ultravioleta del sol y, por ende, se adaptaron para repararse a sí mismas durante

la noche. El tiempo de la noche regenera, refresca, centra el pensamiento y la emotividad. Es también, en contraste con la actividad diurna, el tiempo de la calma. En el hinduismo existe una clasificación de las emociones según la cual alegría y tristeza son dos extremos, mientras que en el centro se ubica la calma, que es la fuerza a la cual tiende el espíritu sensato. El pianista Stephen Drury, quien ha explorado la presencia de esa estética en la música, dice que la calma es «la emoción sin colores» como si la equiparara con un periodo en que no hay agitación lumínica. El estado apacible no tiene extremos emocionales, así como la noche profunda no tiene colores. El compositor John Cage exploró ese concepto de tranquilidad en su música, reduciendo la variedad de tonos hasta llevarla a los confines del silencio. Su objeto era moderar y apaciguar la mente para, según él, hacerla más susceptible a las influencias divinas.



Uno de los noctámbulos más notables del siglo XVII fue el poeta John Milton. Suele citarse mucho un verso suyo en el que se pregunta «¿Qué tiene que ver la noche con el sueño?». Esa frase pertenece a una mascarada, una obra de teatro ligera que escribió en 1634, llamada *Comus*. Es una obra, digamos, aleccionadora, en la cual una muchacha debe resistirse a una serie de tentaciones. Y Comus es el antagonista tentador, el hijo de Baco y Circe, el espíritu de la juerga que está convencido de que la noche se hizo para todo menos para dormir. Milton tenía veinticinco años cuando escribió aquella obra y ya



se identificaba más con su antagonista; por eso le asignó los mejores diálogos. Es muy elocuente que hoy recordemos esas palabras y no las de la muchacha, que ni siquiera tiene nombre: se la llama «Lady» todo el tiempo.

Desde muy joven, Milton se propuso escribir de noche. Un recuerdo de su hermano menor, Christopher, lo registra como un joven que «estudiaba mucho y se mantenía despierto hasta muy tarde, por lo general las doce o la una». En su extenso poema «El Penseroso» se enorgullece de que lo sepan trabajando a altas horas:

Deja que mi lámpara, a medianoche,
sea vista en lo alto de una torre solitaria¹.

La lámpara a la que se refiere el poema era muy seguramente un candil de aceite, cuya luz no difería mucho de la de una vela. Faltaba todavía un siglo y medio para que se inventara la lámpara de Argand, también llamada quinqué, que daba una luz menos titilante y seis veces más intensa. Y ese quinqué, para que nos hagamos una imagen, alumbraba diez veces menos que una bombilla eléctrica actual. La decisión de trabajar de noche, en una época en que el asunto de la iluminación no estaba del todo resuelto, fue problemática. A los cuarenta y tres años, Milton ya estaba ciego. Basándose en los datos que sobreviven, algunos médicos contemporáneos han diagnosticado un desprendimiento de la retina.

Jorge Luis Borges, otro escritor que también experimentó los embates de la ceguera, se refiere en un poema

♦ 1 *Let my lamp, at midnight hour, / Be seen in some high lonely tower.*

a «la maestría / de Dios, que con magnífica ironía / me dio a la vez los libros y la noche». Ironías aparte, no deja de haber algo de justicia poética en la historia de John Milton: un escritor amante de la noche que se fue quedando ciego por la mala iluminación. Es decir, que terminó habitando una noche constante.

En ese sentido, el oficio de la música parecía ser más seguro en las horas de penumbra. Al fin y al cabo es un estímulo para el oído, no para la vista. Claro está que si consideramos la necesidad de leer una partitura, volvemos a las mismas dificultades. El director coral Harry Christophers recuerda haber sopesado las condiciones de la época mientras leía el manuscrito original del *Eton Choirbook*, una colección de himnos religiosos del siglo xv: «Constantemente pensé en lo increíblemente talentosos que debieron ser los dieciséis integrantes del coro al cantar esta música tan compleja, todos alrededor de un atril, esforzándose por leer a la luz de una vela». También señala que incluso la bombilla eléctrica de Thomas Alva Edison no logra clarear muchas de estas partituras. Cierta opacidad parece habitarlas: «Hoy tenemos ediciones modernas, electricidad, ayudas para la vista y, aún así, sigue siendo difícil».

Pero en muchos otros aspectos, la noche brinda las condiciones idóneas para componer, tocar o escuchar música. En el año 2008, el músico Jordi Savall hizo un recuento de tres décadas de interpretaciones musicales y señaló que la gran mayoría de sus grabaciones se había llevado a cabo entre las ocho de la noche y las cinco de la madrugada, «en la magia de las horas avanzadas o casi matinales». Savall es intérprete de la viola da

gamba y uno de los más importantes exponentes de la llamada música antigua, que se graba sin amplificación en espacios como iglesias, monasterios, palacios o castillos. Los estudios de grabación no les interesan tanto a los intérpretes de música antigua porque, si bien aíslan el ruido, no logran recrear la acústica de esas edificaciones originales. Por ese motivo se graba de noche, cuando hay mayor silencio alrededor.

Una de las reflexiones de Jordi Savall tiene que ver con la manera como la noche influye en el ánimo de quienes ejecutan los instrumentos y, por ende, en la música:

El cansancio y lo avanzado de la hora nocturna modificaron muy a menudo nuestra percepción de algunas obras, sobre todo de los movimientos lentos, que en el silencio profundo de la noche y en la magia del sonido que resonaba en la iglesia adquirirían una dimensión expresiva fuera de lo común. Aunque, por encima de todo, sentíamos que a medida que avanzaba la noche más necesario era compensar la falta de energía física provocada por la pérdida de tono y el cansancio natural con un excedente de alma. Sentíamos que, cuando el cuerpo dejaba de responder, era el espíritu quien tomaba el relevo.

Savall menciona además dos géneros musicales que se oyen mucho mejor en horas de la noche: la zarabanda y el tombeau. Como caras de una misma moneda, ambos tuvieron su origen y desarrollo entre los siglos XVI y XVII. La zarabanda es una danza alegre que con el tiempo se fue tocando más despacio en aras de un ideal de



¿Quedaste con ganas de *más*?

Encuentra este libro en las mejores librerías del país y en

WWW.REYNARANJO.NET